



Publica o perece

Correspondencia y Ciencia

Desde el momento en que empezaron a surgir los científicos, como un movimiento de individuos agudamente pensantes y pragmáticos, cuyas arrojadas ideas y reflexiones incidieron en el pensamiento y actitudes de la sociedad occidental y la forzaron a transformarse y evolucionar, la escritura se convirtió en la mejor aliada –mensajera y depositaria– de sus iniciativas, proyectos, logros, memorias y debates.

Aquellos precursores de los científicos contemporáneos no publicaban, como sucede hoy día y a la manera que conocemos, los resultados de sus investigaciones en “journals” o revistas especializadas. Las modernas revistas, y los estructurados y funcionales artículos, son producto del progreso del pensamiento científico, de su esmerada organización y, sobre todo, de más de trescientos cincuenta años de evolución editorial.

En el siglo XVII, época en que se estima da inicio la llamada *revolución científica*, el correo era el principal medio de comunicación entre los sabios, pues utilizaban textos manuscritos para informarse entre sí o para intercambiar ideas. Tal era la importancia de la correspondencia, como Kronick (2001) lo detalla, que las cartas tuvieron numerosos propósitos, como zanjar disputas de autoría. Ese fue el caso ocurrido entre Newton y Leibniz, quienes peleaban la invención del cálculo. Newton defendió su causa publicando anónimamente un libro llamado *Commercium epistolicum*,

que contenía varias cartas escritas por él a Isaac Barrow, John Collins y al mismo Leibniz.

Las cartas científicas no seguían otra regla que la del autor; podían ser tan cortas como una nota o tan extensas como una monografía. El lenguaje podía estar muy recargado y no pocas veces poético. La objetividad no era una característica determinante, ya que a veces prevalecía la opinión superficial del autor. Rumores escuchados a viajeros o falsas observaciones de exploradores llegaban a ser descritos con fantasía para luego convertirse en creencias.

La correspondencia fue el lazo que comunicó y unió a los sabios de los siglos XVII y XVIII, en Europa y apartados lugares del mundo, a través de la cual se crearon auténticas redes de investigadores e informadores. No pocas áreas del conocimiento, como la vulcanología, según Young (2003), se desarrollaron a partir de información proporcionada por científicos exploradores que escribían largos comunicados a sus colegas, como el caso de William Hamilton, que al final recopiló sus cartas y anotaciones en un volumen acerca del Monte Vesuvio, Monte Etna y otros volcanes.

Los intercambios epistolares a veces incluían mapas, ilustraciones y cualquier tipo de figura que ayudara al sabio a comunicar lo que quería. El propósito de esos apoyos gráficos, de acuerdo a Medows (1991), era:

1. iluminar la descripción verbal cuando la narración era difícil de seguir
2. mostrar organismos o cosas que el lector no tendría oportunidad de conocer
3. autenticar lo descrito en el texto
4. proveer esquemas para la reproducción de algún aparato o actividad de tipo experimental
5. presentar datos de una forma asimilable

Por otro lado, se debe tener en cuenta que tampoco todos los temas abordados eran exactamente lo que ahora podemos

distinguir como “científicos”, pues aún no había una clara demarcación entre la objetividad y la subjetividad, lo científico y lo pseudocientífico. La perspectiva filosófica del llamado *método científico* aún estaba por venir. Tampoco existían teorías que pudieran utilizarse como punto de referencia en sus observaciones, la ciencia estaba en construcción y esos sabios eran los constructores.

La divulgación de esas cartas tampoco estaba reglamentada por norma alguna: el receptor de una misiva podía compartirla a otros o guardarla para sí. Si compartía la

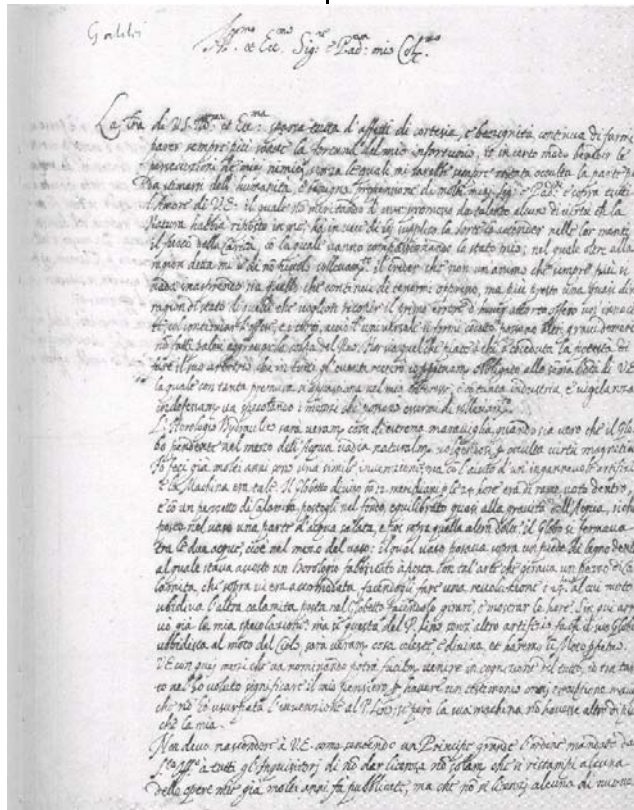
información, como era la costumbre, podía hacerlo leyendo la carta en reuniones de sociedades científicas, en medio de eventos sociales, o copiada por algún escribano y enviada a varias personas para que estos, a su vez, la recircularan entre los académicos y miembros de sociedades. Este simple

hecho levantaba opinión a favor o en contra de lo escrito, y despertaba inquietudes para el emprendimiento de alguna actividad relacionada.

Paradójicamente, los autores de las cartas casi nunca se conocían entre sí.

En el ambiente de la denominada *república de las letras*, la correspondencia era un elemento vital entre los

intelectuales. Tan así era que hubo casos, como el del llamado *Príncipe de la Erudición*, Fabri de Peiresc (1580–1637) (Tolbert, 2003), que a su muerte dejó un legado de aproximadamente 14,000 cartas, en que el intercambio de misivas era una de las partes más importantes de sus trabajos. Peiresc tuvo como correspondientes a más de 500 personas en toda Europa, por lo que hoy día se considera que él, como núcleo de su propia red de conocimiento, constituyó uno de los principales *centros de aprendizaje* de París y Roma.



Carta de Galileo a Peiresc. 1635. Stanford Univ.

Peiresc condujo numerosos experimentos y disecciones e hizo algunos descubrimientos, como la Nebulosa Orión en 1610. Y aunque sus aportaciones no fueron tan reconocidas como las de Galileo y Kepler, su labor ayudó a cimentar la idea de la utilidad de las investigaciones científicas, y la mejor forma de hacer esto fue mediante la comunicación escrita.

Debido a esta forma en como el conocimiento científico permeó las sociedades europeas de los siglos XVII y XVIII, a la estructura de transmisión de la información que se constituyó se la conoce de tres formas (Kronick, Op.cit.):

1. colegio invisible
2. red
3. república de las letras

Ahora, en los albores del siglo XXI, a pesar de que la comunicación epistolar puede hacerse vía electrónica y desde el hogar mismo, la correspondencia entre científicos está muy lejos de ser lo puntillosa, seria, asombrosa, y excitante que una vez fue. De hecho, el acelerado progreso tecnológico que permite difundir a la velocidad de la luz los detalles de cualquier invento o descubrimiento, y la sobresaturación de información científica, ha convertido en obsoletas todas las formas de comunicación existentes hasta hace una década, y tornado lo grandioso del saber en luces de bengala, que por ser millares y de corta vida apenas alumbran y ninguna llama la atención.

Referencias

Kronick, David A. 2001. *The commerce of letters: Networks and "invisible colleges" in seventeenth and eighteenth century Europe*. The University of Chicago. Library Quarterly: 71 (1)

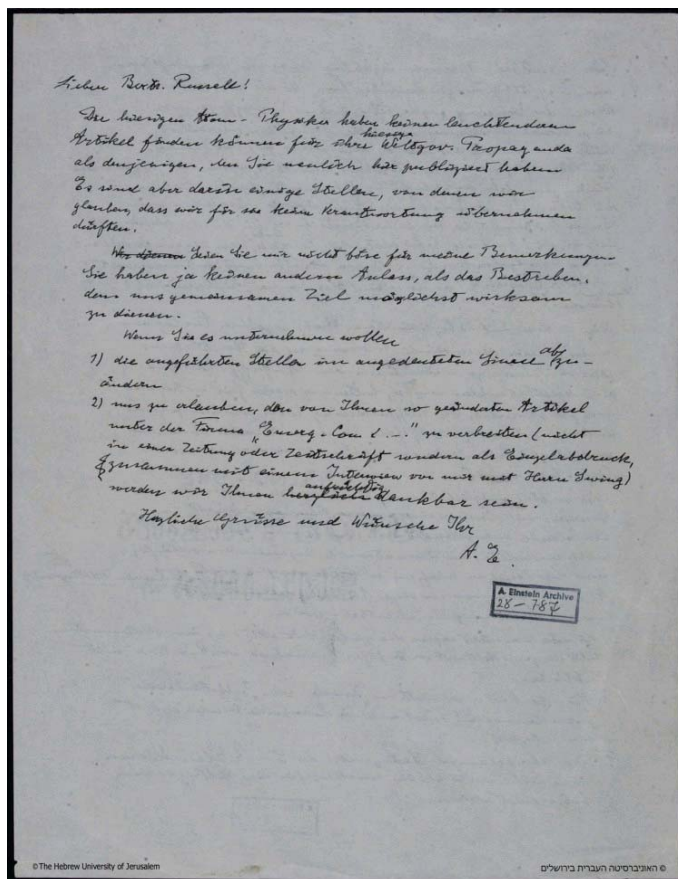
Meadows, A.J. 1991. *The evolution of graphics in scientific articles*. Publishing Research Quarterly: 7 (1).

Young, Davis A. 2003. *Mind over magma: The story of igneous petrology*. US: Princeton Univ. Press.

Tolbert, Jane T. 2003. *Peiresc and Censorship: The Inquisition and the New Science, 1610-1637*. The Catholic Historical Review - Volume 89, Number 1, pp. 24-38



publicaoperece@yahoo.com



Carta de Albert Einstein a Bertrand Russell. 1947. Univ. Hebrea de Jerusalem.